

Director-propietario: Federico Corralba Pedreño

Cartagena Artística

Ciencias, Artes y Literatura

SUSCRIPCIÓN

En toda la provincia de Murcia, un mes, 1 peseta
Fuera de esta Provincia, un mes, 1,15 peseta

Se publica los días, 1, 10 y 20 de cada mes

CORRESPONDENCIA

Deberá dirigirse al Administrador de "Cartagena Artística"
20, Calle del Aire, 20

Año 2. Núm. 30.

1 Febrero 1891.

Sumario.

TEXTO.—Biografía de D. Isidoro Maiquez, por Luis M. Molina.—Rima, por Enrique Jodar.—La canción del marino, por F. Martínez Orozco.—Rima, por Fulgencio Barado.—Un cartagenero ilustre, por A. Baquero Almansa.—El hombre de la bufanda, por Virgilio Guirao.—Recuerdos de la última guerra civil, por Enrique Muñoz.—Portada churrigueresca en la calle de San Juan de Dios en Lorca, por Bernardo Carvajal.—El Globo de What, por Federico Torralba.—Defunción.—Cartagena Artística.—Advertencia.

GRABADOS.—D. Isidoro Maiquez.—Portada churrigueresca en la calle de San Juan de Dios en Lorca.

DON ISIDORO MAIQUEZ.

Nada más justo que dedicar unas cuantas líneas á la memoria de este distinguido cartagenero, que con su talento consiguió, á través de infinitas contrariedades, formar época en su profesión, siendo el ilustre restaurador de la declamación española.

Isidoro Maiquez nació en Cartagena el 17 de Marzo de 1768, de una familia cuya corta fortuna había venido á menos, por lo que su padre tuvo que dedicarse á tejedor de sedas; pero no produciendo este arte lo necesario para vivir, se vió obligado á salir al teatro, donde desempeñó papeles de barba.

Aficionado Isidoro desde niño á la declamación, y acompañando á su padre en sus expediciones, fué aumentando su inclinación de una manera inevitable, hasta que se decidió por el teatro, á pesar de la oposición de su padre á que siguiese aquella carrera.

Su primer ensayo lo hizo en el de Cartagena, donde sus paisanos lo recibieron muy mal, sucediéndole lo propio en el de Valencia y otros que por aquel tiempo recorrió. La verdad es que en su juventud no poseía ninguna cualidad artística recomendable, á no ser su hermosa y esbelta figura. Su voz era bronca y oscura, sus modales malos, y como no tenía de quien aprender, ni su educación había sido esmerada, no podía atraerse las simpatías del público.

Así continuó hasta el año 1791, que entró en la compañía de Manuel Martínez que actuaba en el teatro del Príncipe de Madrid, donde pasó algunos años siempre postergado, pues con su

imaginación viva y ardiente se había formado una idea particular de la declamación, y á ella se aferró con su inflexible carácter, no queriendo copiar en nada á aquellos actores que tantos aplausos conquistaban. Persuadido de que el teatro debe ser imagen viva de la sociedad, y que los personajes en él introducidos han de hablar y moverse como los demás hombres, sometiendo

de invierno, agua de nieve, voz de cántaro y otros con que le agasajaban sus contemporáneos. Si la naturaleza no le dotó de una voz clara y sonora, en cambio le dió sobrado talento para conocer la necesidad de hacer de ella un estudio muy detenido, como lo hizo, llegando despues á oirse de su boca los acentos más tiernos y sublimes del dolor, como los más aterradores del furor

ropas de teatro y con algunas cartas de recomendación se dirigió á la capital de Francia.

Venciendo mil dificultades consiguió que le permitiesen estar entre bastidores durante las representaciones y no necesitó más. Allí pasó año y medio estudiando á aquellos actores, no para imitarlos, porque su génio no le permitía contentarse con una servil imitación, y además comprendía que todas las espresiones no son adaptables á todos los públicos. Así es, que con su sobresaliente talento trazó la línea que debía separar la acción francesa de la española, y formó su sistema que tanta gloria había de conquistarle, modificando por completo la viciosa escuela de nuestra declamación.

Agotados sus cortos recursos volvió á Madrid donde al verlo, se dijo que copiaba de Talma; mas al hacer obras que no había hecho aquel, se comprendió que era un actor eminente. Sin embargo, motejándole sus enemigos, que eran muchos, de que no sabía hacer más que tragedias, sintió herido su orgullo, y conoció la necesidad de sobresalir en todos los géneros para confundir á la ignorancia, y lo consiguió cumplidamente, representando personajes y efectos de tan distinta naturaleza, que parecia imposible llegar en todos ellos á la perfección.

García del Castañar, Fenelón, El vano humillado, Otelo, Orestes, El pastelero de Madrigal, La casa en venta, La Zaira, El mejor alcalde el rey, El rico hombre de Alcalá, El distraído, Pelayo, El convidado de piedra, Numancia destruida, y, en una palabra, las tragedias españolas, las extranjeras, las piezas ligeras del teatro francés, las antiguas y modernas del nuestro, todos los géneros hallaron en él un actor que nunca ha tenido semejante.

Como era muy orgulloso, ensayaba á sus compañeros en los papeles que habían de hacer con él, pero nunca les dió una instrucción metódica del arte, ni les comunicó las máximas que había adoptado como principios seguros de su buen éxito. No tuvo rivales, ni quiso discípulos. Con él empezó la gloria de nuestra representación en el teatro, y con él acabó.



Don Isidoro Maiquez.

(El día 18 de Marzo 1820)

el estilo y ademanes á las leyes del buen gusto, y á la conveniencia escénica, no podía en manera alguna suscribir al falso gusto de su época. Entonces, no accionar, y no gesticular como un demente, era ser frío. No declamar con énfasis y casi cantando, era ser insulso. Contra estas dos máximas del buen gusto de aquel tiempo pecó Maiquez, y á esto le debió los dictados, de galan

y desesperación.

Esta pugna desigual con el público la estuvo sosteniendo hasta el año 1799, que se decidió á ir á París á estudiar á los célebres actores Talma, Kemble, Lafont y otras notabilidades de aquel teatro. Como no tenia recursos y solo contaba con 400 reales mensuales que le señaló Godoy sobre los fondos de aquella embajada, vendió sus alhajas y